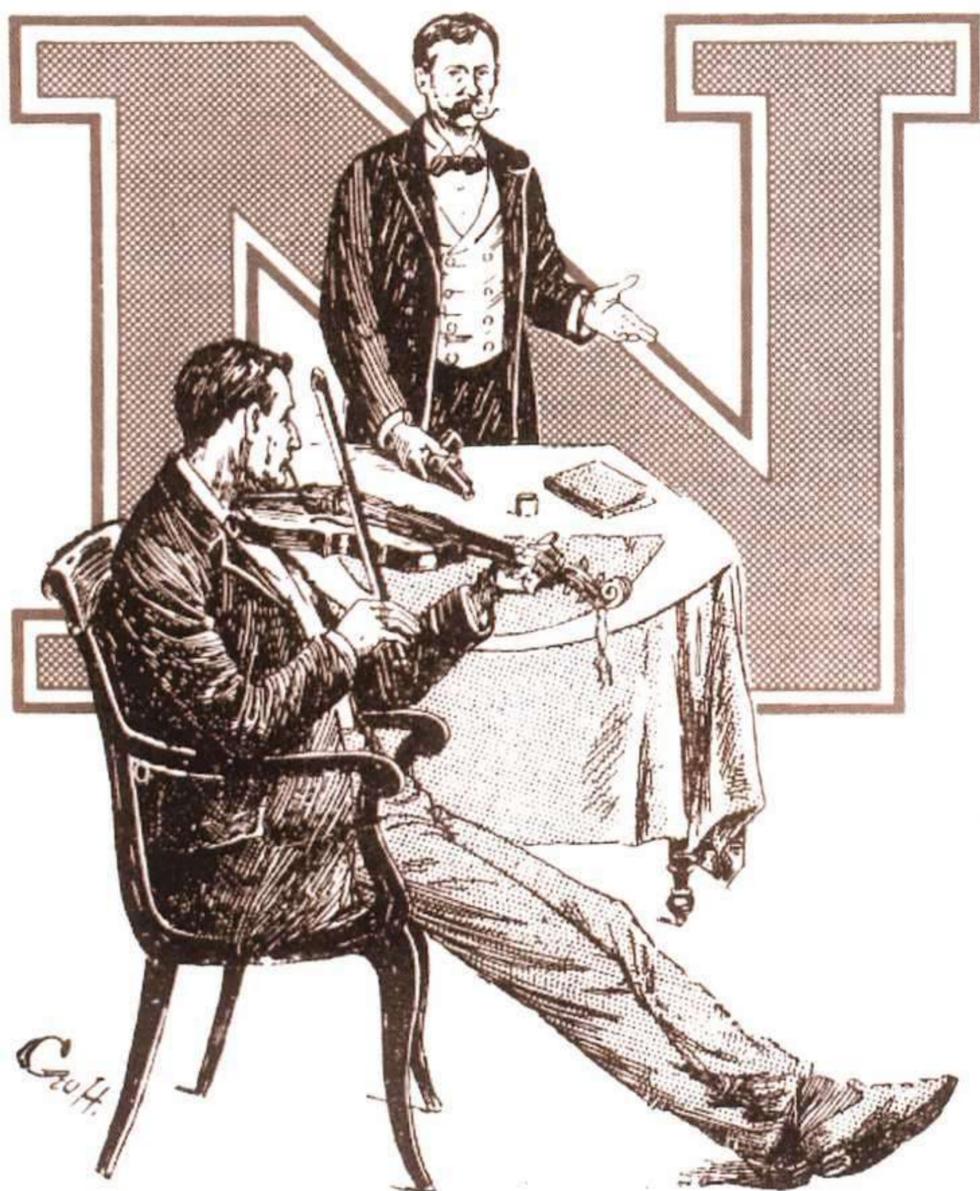


ARTHUR CONAN DOYLE

Estudio en escarlata

por Juan José Millás*

Sherlock Holmes encarnaba algunas de las «virtudes» más sobresalientes del ideal de hombre victoriano: egocéntrico, vanidoso, orgulloso imperialista, cultivado, etc. Pero, además, su creador lo adornó con otras cualidades: un enorme genio deductivo, una misoginia feroz, sin olvidar su afición a ciertas drogas y algunas otras excentricidades. Con este material construyó al rey de los detectives que se estrenó en Estudio en escarlata, una novela en la que, según propia confesión, Conan Doyle había dado lo mejor de sí mismo y sobre la que albergaba grandes esperanzas. Pero no tuvo la acogida esperada, aunque con esta obra acababa de nacer un mito que pervive hoy en día con increíble vitalidad.



GEO HUTCHINSON, ESTUDIO EN ESCARLATA, ANAYA, 1982.

Conan Doyle utilizó la novela larga, la novela corta y el cuento para describir las aventuras de Sherlock Holmes. *Estudio en escarlata*, la primera de las obras en la que aparece este personaje, es una novela corta cuyas dificultades para ser publicada, según el primer editor que tuvo en sus manos el original, estribaban en que era demasiado larga para ser publicada en un solo fascículo y demasiado corta para ser publicada en volumen.

La oposición novela-cuento, que había suscitado algunas reflexiones de orden teórico entre los ensayistas, fue uno de los problemas con los que Doyle se hubo de enfrentar inclinándose finalmente hacia la segunda opción. Con esta actitud confirmaba la tesis de Poe y de su contemporáneo Chesterton en el sentido de que es el relato breve el que más conviene a este género, en el que cada uno de los elementos puestos en juego debe desempeñar una función importante.

Sin embargo, y aunque el mejor Conan Doyle es el autor de cuentos, hay dentro de su obra holmesiana tres novelas largas que se leen con gusto y que proporcionan las suficientes dosis de

placer, aunque su lectura adolezca de la tensión que informa a aquellos. Estas tres novelas, que han alcanzado justa fama, son *El signo de los cuatro* (1890), *El sabueso de los Baskerville* (1902) y *El valle del terror* (1915).

Sin la lectura de éstas no es posible comprender la evolución posterior del género hacia la llamada novela-problema, que, como ya se ha dicho, cargará el acento sobre aquellos aspectos del relato que tienen que ver con la inteligente interpretación y ordenamiento de los datos que todo crimen proporciona.

Presentación de la extraña pareja

Estudio en escarlata es la primera novela de Conan Doyle perteneciente al ciclo holmesiano. Se dice con frecuencia que este carácter de obra primeriza es detectable tanto en los titubeos de su autor para titularla (el título del manuscrito fue en un principio *Una madeja enmarañada*), como en el hecho de que el detective se llamara Sherrinford

Holmes antes de que Doyle diera con el eufónico y definitivo Sherlock.

Estas cuestiones son, con todo, razonamientos *a posteriori*; tienen que ver más con la curiosidad que despiertan los «secretos de cocina» de todo gran autor que con los juicios de valor emitidos desde el punto de vista crítico.

Estos juicios deben basarse de manera exclusiva en la obra acabada, tal y como aparece ante el lector, ya que los recursos laterales, por útiles que resulten en ocasiones, pueden llegar a utilizarse en sentidos diferentes y aun opuestos. Será, por tanto, atendiendo al análisis de la obra de donde podamos deducir si se han cumplido las expectativas que su estilo anunciaba y si este estilo ha conseguido combinar adecuadamente los valores argumentales y expresivos.



GEO HUTCHINSON

GEO HUTCHINSON, ESTUDIO EN ESCARLATA, ANAYA, 1982.



GEO HUTCHINSON, ESTUDIO EN ESCARLATA, ANAYA, 1982.

Cronología de Sherlock Holmes

por Juan Tébar*

Sherlock aparece por primera vez en 1887, en la novela corta (y demasiado larga según la críticas que se han hecho a su estructura) *Estudio en escarlata*. Vuelve en 1890 con *El signo de los cuatro*. Dos años después, el primer volumen de relatos (es en el cuento donde creador y criatura brillan más y mejor) *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1892).

Conan Doyle casi no puede parar, no le dejan: 1894, *Las memorias de Sherlock Holmes*. Cree haberse librado del personaje en el último cuento, pero en 1902, dentro de una novela al estilo «gótico» (terror clásico) —*El sabueso de los Baskerville*— tuvo que introducir a Holmes en una supuesta aventura ocurrida antes de su muerte. Nadie más que él podía solucionar el siniestro problema de los páramos de Devonshire. La criatura reclamaba al creador su vuelta al mundo de los crímenes. El creador intentó hacerse el sordo. Ganó la criatura, ya conocemos la historia.

— 1905: *El regreso* (o «reaparición» o «vuelta» según las traducciones) de *Sherlock Holmes*.

— 1915: *El valle del terror*. Otra vez dos novelas cortas fundidas en una, según el estilo (no recomendable, a pesar de que Doyle insistiera en ello) de buscar excusas no muy significativas para la unión un tanto artificial. Un detalle peculiar de este libro: la colaboración de Edward «el Pájaro», un detective yanqui.

— 1917: *El último saludo de Sherlock Holmes*. Ya se ve que Sir Arthur ensayaba otra vez el abandono. Fuera Sherlock de una vez. Ésta será su última actuación. Pero el insistente caballero no aceptaba el divorcio. Y, en 1927 vuelve a asomar su curva nariz, a tocar las cuerdas de su violín, a dar que escribir a Watson que, supuestamente, aprovecha

casos guardados en su archivo. Y se reserva otros. No sabía el buen doctor el pie que dio a futuros sherlockianos con tantos casos inéditos... El último libro se llama *El archivo de Sherlock Holmes*. Y el propio autor escribe un prólogo-despedida del que reproducimos a continuación unos párrafos:

«Me acomete el terror de que Sherlock Holmes acabe convirtiéndose en uno de esos tenores famosos que, por haber sobrevivido a la época de sus triunfos, se dejan llevar de la tentación de repetir una y otra vez sus saludos escénicos de despedida ante públicos indulgentes. Esto tiene que acabar, y Sherlock Holmes debe seguir el camino de todo lo que es carne en el sentido material o en el de la fantasía. Es grato pensar que existe algún fantástico limbo para las criaturas de la imaginación, algún lugar desconocido e imposible en el que los elegantes de Fielding (autor de *Tom Jones*) siguen haciendo el amor a las hermosas de Richardson (autor de *Pamela y Clarissa*) y se contonean pomposos los héroes de Scott y los encantadores *cockneys* de Dickens arrancan todavía las risas y los mundanos de Thackeray persisten en su conducta censurable.

»Quizá Sherlock Holmes y su Watson hallen por algún tiempo un rincón humilde en este Walhalla, dejando el puesto que ocuparon en el escenario a algún sabueso todavía más astuto y al que acompañe un camarada que lo sea todavía menos».

* Juan Tébar es escritor y crítico literario.

Nota

Este texto es parte del apéndice que escribió Juan Tébar en la edición de *El regreso de Sherlock Holmes* (Anaya, 1992).

El tema

Tratándose de una novela policiaca, es normal que el núcleo del asunto a desarrollar sea un crimen. Éste presenta las características precisas de confusión y ambigüedad para construir en torno a él un argumento cuyas motivaciones y contenidos de diverso orden acabarán creando en torno a ese núcleo un cuadro, alguna de cuyas líneas maestras podrían ser las siguientes:

— Por un lado, asistimos a la presentación de Sherlock Holmes y su compa-

ñero y cronista el doctor Watson. Esta representación incluye la descripción de ambos personajes, aunque la definición del segundo está más oculta y se deduce más bien por oposición. Es decir, cuando el doctor Watson explica admirativamente las capacidades analíticas o físicas de su compañero está dándonos inevitablemente noticias de su propia torpeza en ambos terrenos. Ya se ha insistido en páginas anteriores en la función que cumple la torpeza del doctor Watson como magnificadora de la inteligencia de Holmes. Esta relación entre dos inteli-

gencias desiguales se va a repetir en el género, y su antecedente más próximo es la pareja creada por Poe en *Los crímenes de la Rue Morgue*.

— Aparece, por otro lado, a lo largo de esta novela otra de las características de la literatura policiaca, sobre todo en su vertiente anglosajona: la oposición del detective frente a la institución de la policía. También en este caso la figura que sale ganando es la del detective. Veamos lo que dice Holmes de Gregson y Lestrade, los dos agentes de Scotland Yard que intervienen en la resolución del

caso: «Son lo mejorcito de un grupo de torpes. Actúan con rapidez y energía, pero sin salirse de la rutina. Son odiosamente rutinarios» (cap.3).

— Es preciso destacar asimismo la distancia que el detective de ficción guarda respecto a la justicia de los hombres.

Su función no es tanto hacer justicia como resolver los problemas planteados por el caso criminal, en los que se mezclan hábilmente cuestiones de orden analítico, psicológico y a veces matemático. Esta distancia respecto a la institución de la justicia se convierte en desprecio en la obra de Gaston Leroux.

Junto a estas líneas maestras, que sitúan la obra de Doyle dentro de unos esquemas narrativos en formación y que habrán de dar lugar a un género literario de enormes repercusiones, aparecen contenidos temáticos más susceptibles de ser encuadrados dentro de las coordenadas espacio-temporales en que se inscribe la acción de la novela. Así, por ejemplo, las alusiones al colonialismo inglés puestas de manifiesto en diversas ocasiones, y también algunas cuestiones relativas a la vida cotidiana de esa gran ciudad que es Londres. Subsiste en Doyle, junto a lo relativo a la pura acción policiaca, un costumbrismo en el que, con pocas pinceladas, nos es dado ver con viveza el ambiente de la época que describe.

La forma

Quede claro que la distinción que estamos haciendo entre contenido y forma es más metodológica que real. Con ella se pretende ayudar al lector no sólo a descomponer los elementos que forman una pieza literaria, sino a potenciar el gusto por la lectura, que será más placentera cuanto más numerosos sean los registros que posea el lector. El fondo y la forma, como se ha dicho tantas veces, son las dos caras de una misma moneda. Y no se pueden separar sin hacer violencia del objeto en estudio. «El tema de un texto —dice el profesor Lázaro Carreter— está presente en los rasgos formales de es texto.»

Hecha esta salvedad, volvamos a *Estudio en escarlata* para valorar ahora las cuestiones formales de esta novela.

Se trata de una obra dividida en dos partes con siete capítulos cada una. En la

primera parte, la más larga, se asiste a la presentación de los personajes, la descripción del crimen y las investigaciones que éste comporta. Termina esta primera parte con la captura del criminal por Sherlock Holmes sin que la policía ni el doctor Watson sepan cómo se ha llegado a la resolución del caso. Esta ignorancia afecta también al lector, que se queda sorprendido con lo que parece el final de la historia. La segunda parte comienza con un relato retrospectivo que tiene cinco capítulos. (En los dos restantes Watson reanuda la narración.) Este relato, que explica lo que ignoraba Watson, la policía y el propio lector, es en sí mismo una novela independiente que goza quizá de mayor unidad y cohesión interna que la novela en

la que aparece insertado. La acción de este pequeño relato transcurre en América y es enormemente interesante, porque revela la afición de Doyle por la novela histórica, que con tanto acierto cultivó. Aparte de la función que tienen como explicación de las motivaciones del crimen, esta segunda zona es un valioso documento narrativo cuyo verdadero tema es el de los mormones. Esta secta religiosa fundó en 1846 la ciudad de Salt Lake City y colonizó lo que habría de ser más tarde la región de Utah. Se caracterizaban sus seguidores en estos primeros tiempos por un fanatismo que los llevaba a realizar las crueldades más atroces.

No hay duda que desde el punto de vista de la lógica interna que debe infor-



Geo. Hutchinson

GEO HUTCHINSON, ESTUDIO EN ESCARLATA, ANAYA, 1982.



CHARLES DOYLE, ESTUDIO EN ESCARLATA, VALDEMAR, 2000.



GEO HUTCHINSON, ESTUDIO EN ESCARLATA, ANAYA, 1982.

mar a toda la novela, *Estudio en escarlata* carece, debido a esta incrustación innecesaria, de la unidad de tono y ritmo que sería deseable. Este desajuste se agrava, además, por el hecho de que el relato sobre la secta mormona está hecho desde el punto de vista de un narrador omnisciente, cuando el resto de la novela está escrita por el doctor Watson. Así, pues, la relación entre la novela y el relato en ella incrustado es de mera yuxtaposición, siendo demasiado débil el hilo orgánico con el que Conan Doyle pretende ensartarlos. Por lo demás, el propio autor se dio cuenta de esta debilidad.

Autocrítica

Así, cuando en el primer capítulo de *El signo de los cuatro* Watson dice a Holmes que ha escrito «un pequeño fo-

lletto que lleva el título, algo fantástico, de *Estudio en escarlata*», Holmes le contesta con cierta displicencia: «Lo miré por encima. Hablando con honradez, no puedo felicitarle por esa obra. El detectivismo es, o debería ser, una ciencia exacta, que es preciso tratar de la misma manera fría y antisentimental que toda ciencia exacta. Usted ha intentado darle un tinte novelesco, y el resultado es idéntico al que se produciría si usted tratase una novela de amor o el rapto de una mujer por el procedimiento de la quinta proporción de Euclides... Hay algunos hechos que es preciso suprimir; por lo menos se impone al tratarlos el mantener un sentido justo de las proporciones. Lo único que en ese caso merecería ser mencionado es el curioso argumento analíticamente de los efectos a las causas que me permitió desenredarlo». Esta acertada autocrítica, que podría

resumirse en las frases subrayadas, no deja de conferir dignidad al autor.

Los desajustes formales señalados repercuten en el desarrollo de la trama, puesto que forman e informan a ésta como el hilo forma e informa al tejido para cuya realización se utiliza. No obstante, Conan Doyle supo compensar esta deficiencia dotando a cada una de las dos unidades señaladas de un carácter propio, que incluso por separado se leería bien. En otras palabras, los aciertos parciales pueden hacer olvidar las deficiencias estructurales, convirtiendo la lectura de *Estudio en escarlata* en un ejercicio donde existen abundantes espacios de placer. ■

* Juan José Millas es escritor.

Nota

Este texto se publicó como apéndice en la edición de *Estudio en escarlata* de Anaya (1982).